

Amanecer

Luces de esperanza

Él está sentado en frente de mí. No me habla; yo no le hablo. No me mira; yo no lo miro. Sé que de vez en cuando él levanta la vista. Yo no lo hago. Estoy incómoda, él me hace sentir incómoda.

Espera que le diga algo, que le pida algo. No lo hago. El tiempo transcurre lentamente. Intento parecer que escribo resúmenes, que resuelvo problemas matemáticos o que leo novelas. Pero no me concentro. Él no se percató de ello; o, al menos, eso espero.

Está demasiado cerca. Si al menos fuera un poco más inteligente se sentaría en la otra punta de la mesa larga. No lo hace. Yo no lo hago: me encuentro paralizada.

Cuando empiezo a desesperarme porque ya se me agotan las tareas en las que parecer ocupada, el curioso reloj de cuco marca las doce. Me dirijo a salida. No me mira; yo no lo miro.

Día tras día, sigue la misma rutina. Todas las mañanas a las diez. Nunca falla. Daría lo que fuera por descubrir qué está haciendo realmente aquí, en una biblioteca de un pueblo remoto, donde nadie acude.

Nos hallamos completamente solos la mayoría del tiempo. De vez en cuando aparece la bibliotecaria. Es una mujer de mediana edad, simpática y observadora. Demasiado. Debo mantener las distancias con ella.

En más de una ocasión me he planteado la posibilidad de escabullirme a otro lugar. No me atrevo. Es demasiado peligroso: soy capaz de ver la sombra en la ventana que no me quita ojo.

Con el paso de las semanas su presencia me resulta reconfortable. Me acostumbro a sus cuidados modales y al constante susurro del lápiz sobre el papel; él, a mis gestos cautelosos y al incesante murmullo del crujido de las páginas. En un momento determinado, nuestras miradas se encuentran.

- ¿Necesitas algo? - Me pregunta. Creo que se ha percatado del miedo en mis ojos.

Quiero responderle. Sin embargo, bajo la cabeza, ante la sorpresa de su rostro. Me gustaría decirle: "No, estoy perfectamente. Muchas gracias". No lo hago. No puedo. Sería demasiado delatador. Ellos vendrían a por él. Me dirijo a buscar un libro entre los estantes repletos: es demasiada la presión que la situación ejerce sobre mí.

Creo que ya no regresará. Una parte de mí se siente aliviada, la otra, está llena de terror. Al día siguiente, lo vuelvo a ver. En esta ocasión se sienta algo más lejos. Se lo agradezco en silencio.

Descubro su objetivo, la razón por la que viene aquí todos los días. Está preparando el examen de acceso a la universidad. Por lo que puedo intuir, creo que su deseo es estudiar medicina. Lo apoyo en silencio.

Ojalá a mí me hubieran permitido continuar con mis estudios. Ser geóloga era mi sueño de la infancia. Maldigo el día en el que me enfadé con Sarah. No debí haberla dejado sola. ¿Habría sido su destino el mismo que el mío? Rezo de todo corazón para que se encuentre sana y salva, sobre la alfombra, junto al fuego.

Mi dicha se colma cuando, meses después de su primera visita, conozco el nombre de mi no-interlocutor. Va a buscar un ejemplar que necesita, perdiéndose entre los libros. Disimuladamente, estiro el cuerpo hacia delante. Retiro unos papeles y alcanzo su libreta. En la pequeña etiqueta hay escrito, con la letra que ya he empezado a amar: "Daniel Smith".

- Mis amigos me llaman Dani – No parece molesto de que observe sus apuntes.

Asiento, incapaz de negarme a contestarle de nuevo.

- ¿Te encuentras bien? ¿Quieres hablar conmigo?

Me siento superada por la situación. Las lágrimas resbalan por mis mejillas.

Recuerdo la última ocasión en la que alguien me dijo las mismas palabras. Sarah y yo nos habíamos dirigido a la plaza para ver los adornos navideños. El árbol se erguía orgulloso, rodeado de figuras de los elfos más graciosos que había visto nunca. Las luces, cuyas tonalidades eran tan diferentes como estrellas en el universo, semejaban pequeños soles relucientes.

En un momento dado, la conversación, en un principio alegre, se torció. Mi hermana me regañó porque había dejado el pavo en el horno más tiempo del necesario. Yo me ofendí y creo que llegué a gritarle. Me alejé de ella, perdiéndome entre la multitud.

Tenía frío. El viento transportaba diminutos copos de nieve y me helaba las mejillas. Me planteé la posibilidad de regresar. Yo misma había arruinado el espíritu de la navidad al reaccionar de forma tan desmedida.

De pronto, me encontraba en un callejón sin salida. Había un hombre sentado en un portal, con el típico cigarrillo entre los labios. "¿Te encuentras bien, jovencita?" He de decir que fui una presa fácil.

- No actuaba solo. Somos varias chicas recluidas en el mismo lugar, una casa abandonada en mitad de la nada. – Solo ahora me percaté de que mis pensamientos se han deslizado de entre mis labios como aves deseando escapar. Demasiado tarde para echarme atrás.

Daniel ha cogido mi mano y la sostiene entre las suyas. Ruega que continúe. Todo mi cuerpo se estremece.

- Únicamente les pedí una cosa: quería leer. Me portaba bien y logré ganarme su confianza. Uno de ellos me acompaña todos los días hasta este pueblo. Es mi única vía de escape. Por favor, – le pido de corazón – huye. No regreses ni una sola vez más. ¿Lo prometes?

Asiente, pero su mirada lo delata. No sabe contra quién se enfrenta.

Alcanza un pañuelo y me lo ofrece con ternura. Empiezo a tranquilizarme hasta que noto que él observa un punto fijo en la ventana. Yo no necesito girar la cabeza para saber que nos han visto.

- Corre.

El reloj de cuco marca las doce. Daniel recoge sus cosas y se dirige rápidamente al mostrador, sin dejar de mirarme. Le comenta algo a la bibliotecaria y le entrega un ejemplar de "Medicina de urgencias y emergencias".

No estoy segura de qué ocurre a continuación. La bibliotecaria recibe una llamada telefónica y contesta de espaldas a la ventana. Daniel se precipita al mundo exterior. Oigo sus pasos en el cemento. La sombra no espera mucho tiempo. A través del cristal, puedo ver cómo se abalanza sobre el joven, que pierde el equilibrio. Escucho un ruido sordo.

Sirenas de policía. La bibliotecaria finaliza su llamada y me abraza con fuerza. La sombra es capturada. Minutos de silencio. Mi cabeza da vueltas.

- Gracias por su colaboración, señora – se dirige el agente a la bibliotecaria. – Hemos interrogado al detenido y no ha sido difícil obtener su confesión. En breve, la organización a la que pertenece quedará disuelta. Sin embargo, – se lamenta y yo sé que lo siente de corazón – me temo que es demasiado tarde para el chico.

- En realidad, no debe de agradecerme a mí, sino a esta joven por ser tan valiente contándolo; y al chico por darme las indicaciones. Yo he estado completamente ajena a los sucesos. – Coge el libro que Daniel le había entregado. – Aquí tiene, como prueba de que mis palabras son ciertas.

El agente, sorprendido, observa la caligrafía que hay escrita en la primera página: “Por favor, haga aviso a policía. Es una emergencia”.

Yo me encuentro demasiado aturdida. La única pregunta que recorre mi mente es si Daniel se recuperará pronto. Tengo la impresión de que se ha dicho algo sobre él pero no he sido capaz de procesar la información. Solamente mucho más tarde, cuando me hallo tumbada en una camilla, creo entender los hechos y mis ojos se anegan en lágrimas saladas.

Las enfermeras y enfermeros cuidan bien de mí. Tras unas semanas estoy completamente recuperada. Me preguntan por mi hogar, una palabra en la que he pensado a menudo en el último año. Ahora soy libre. Pido regresar sola, sin que nadie me acompañe, pues quiero dirigirme primero a cierta plaza. No tengo miedo. Ya no.

Mientras recorro las calles acuden a mí numerosos recuerdos. En aquel parque conocí a dos amigos nuevos, y en el edificio de la esquina recibía clases de música. Interrumpo mi camino en el Museo de Historia Geológica. Justo en este mismo lugar le anuncié a mi padre que mi sueño era ser geóloga. Él me sonrió y me dijo que, con esfuerzo y dedicación, lograría ser todo lo que me propusiera. Ahora puede hacerse realidad.

Cae la noche y las luces navideñas me llenan de esperanza. Llego a mi destino: el árbol descansa imperturbable, como si nada hubiera sucedido desde la última vez que lo vi. Las mismas estatuas de elfos reparten sus alegres sonrisas. Y allí, en la lejanía, una figura me observa atentamente.

- ¡Mary! – Sarah corre hacia mí a una velocidad sorprendente. Nos fundimos en un cálido abrazo, bajo la noche estrellada.

- Sabía que regresarías por Navidad – solloza en mi hombro. – Se lo pedí a los elfos.

Sujeta mi rostro entre sus manos y me dirige una mirada llena de significado, de esas que solamente las hermanas saben cómo emplear.

- ¿Te has encontrado con alguno?

Es entonces cuando me fijo en que, a nuestro lado, hay un elfo con orejas puntiagudas que tiene los mismos rasgos de Daniel.